

# Las horas muertas

Rodro Mtnez

## **LAS HORAS MUERTAS**

Rodrigo Martínez Puerto



# Capítulo 1

## LAS HORAS MUERTAS

### 1

Hacía ya tres años que el piso se había quedado grande, un vacío enorme que le impedía olvidar la cotidianidad de su ausencia, sin embargo, Reme continuaba tirando para adelante con admirable entereza. Los últimos meses junto a su Paco supusieron un amargo epílogo a un matrimonio moderadamente feliz, con sus inevitables altibajos, claro está, pero dichoso en resumidas cuentas. Tal vez la larga agonía de su marido hubiese idealizado el recuerdo, quizás la añoranza todavía revistiese en oro cada momento a su lado, aunque lo cierto es que no debía tener queja, fue más que un buen compañero de vida, amable, fiel, puede que algo aburrido, y aun así, abnegado a su manera. Cumplió con creces su papel, o al menos lo que a priori se esperaba de él: estabilidad económica, niños, comprensión, amor... ¿Cómo no iba a seguir presente en su día a día? Cuarenta y pico aniversarios no se superan como si tal cosa.

Reme ya llevaba años jubilada, traspasó el local de su farmacia por un buen pellizco y junto a lo ahorrado, más su plan de pensiones, podía permitirse vivir holgadamente, además su Paco, con su sueldo de alto funcionario, había dejado una herencia suficiente para ella y su prole, con lo cual no estaba obligada a mantener a nadie. Con el porvenir de sus hijos encarrilado, bien colocados tanto el niño como la niña, sólo tenía que preocuparse por la soledad, ese monstruo que agigantaba el tiempo sumiéndola en el mayor de los tedios. Por eso en ocasiones solía hablarle al fantasma de su queridísimo amor, para sobrellevar mejor la nostalgia.

—Ya lo sé, cariño, sé que prefieres que salga por ahí a jugar a la brisca con amigas o a merendar con las vecinas —comentaba Reme al enmarcado retrato de cuando novios que presidía el salón—. Es que nunca he sido capaz de llevarme bien con esas arpías chismosas y me niego a darles coba. En casita estoy mejor, más cómoda.

La viuda limpiaba las fotografías con el plumero mientras se enorgullecía de su magnífica colección, casi a modo de altar había erigido un monumento a la memoria de su convivencia juntos, retales que recogían todos los pedazos de su existencia, cualquier tramo de su vida, cada instante de prosperidad.

—Sí, te he oído, cielo. No te gusta que vengan desconocidos a casa, pero es que yo me siento muy sola y también tengo mis necesidades, de alguna forma hay que pasar las horas muertas —se excusaba ante la afable mirada de su cónyuge inmortalizado—. Si lo piensas, es culpa tuya

por malacostumbrarme —reía pícara pese al rubor.

Entonces sus ojos se licuaron melancólicos, no tanto por posibles remordimientos como a causa de lo mucho que le echaba en falta, con él no necesitaría hallarse en tales circunstancias.

—¡Uy, qué tarde se me ha hecho! Puede llegar en cualquier momento. —Se apresuró la viuda al verse acuciada por el reloj—. Todavía tengo que quitarme los rulos, pintarme...¡qué estrés!

Reme se maquillaba frente al tocador con fruición adolescente, tarareando viejas melodías de juventud a la vez que se recreaba en cómo la laca había fijado el peinado a su gusto. De pronto sonó el timbre de la puerta y acudieron los nervios a burbujear en su estómago, se levantó acalorada rociándose algunas gotas de perfume, y tras ponerse su elegante batín oriental, suspiró un par de veces antes de abrir.

## 2

Aquel aroma aséptico que se respiraba en el ambulatorio convertía a Florin en un desquiciado, desde que tenía uso de razón se le removían las vísceras ante la presencia de los médicos, siempre tan dados a no creerle y a arreglarlo todo con largos ayunos. Aquella sala infestada de gente parecía un muestrario de desgraciados en busca de un poco de atención, totalmente ávidos de escuchar su nombre, temerosos de que cada segundo volviera más irreversible su mal.

—¿Señor Radovanu? —voceó un tipo de bata blanca. Al ver que el individuo nombrado se acercaba, sostuvo una impostada sonrisa—: Pase, por favor.

Ya dentro de la consulta, el doctor hojeó su historia clínica, y sin apenas levantar la cabeza, le invitó a que revelara sus síntomas.

—Últimamente tengo graves pérdidas de memoria, me duele la cabeza a todas horas y suelo encontrarme desorientado —relataba el paciente mientras el facultativo iba anotando lo que oía—. Es muy raro todo.

—¿Cuándo empezó a sentir esas molestias? —Retomó por fin el contacto visual.

—No sabría decirle con exactitud, quizás desde el último mes. Ya le digo que ando un poco mal de recuerdos, muchas lagunas, varias preguntas sin respuesta...

—¿A qué se dedica? —El curso del interrogatorio obligaría al paciente a quedarse con la palabra en la boca—. ¿Trabaja con productos químicos de

limpieza o en un laboratorio, está expuesto a condiciones de máxima tensión, tal vez quepa la posibilidad de que haya sufrido algún tipo de traumatismo en su entorno laboral...?

—No señor. Tan sólo cargo con mercancía pesada, pero nunca he tenido ningún accidente —contestaba inquieto Florin—. Conduzco, cojo el pedido y se lo llevo a los particulares. Sin riesgos.

—¿Toma alguna medicación concreta, señor Radovanu? —inquiría el matasanos al mismo tiempo que el paciente negaba con la cabeza—. ¿Consume usted alcohol?

—No tomo nada y bebo lo normal. —La insinuación del médico iba exasperándole—. Alguna cerveza, unas copas el fin de semana, un digestivo tras la comida...

—¿Cuánto? —insistía taladrándole sus pupilas.

—¡Que no soy un puto borracho, joder! Bebo en mi tiempo libre, pero no pierdo el control, ¿vale?

—Sólo pretendo ayudarle, no se sulfure. —El galeno claudicó intimidado—. Le daré cita para hacerle pruebas neurológicas: escáner, resonancia, TAC...

—Se lo agradezco. —El recuperar la compostura le obligaba a disculparse de inmediato—: No quería ponerme así. Es que no entiendo qué me está pasando, despierto con cosas que no son más, prendas, tarjetas...

El médico no dio mayor importancia ni al desaire ni a aquellas anécdotas, así pues, prosiguió detallando el posible tratamiento a tener en cuenta para que el enfermo no se preocupara, incidía especialmente en mantener la calma, en no precipitarse en conclusiones extrañas. Florin aparentó cierta conformidad, resignado como estaba a que la consulta tocara a su fin sin solucionarle nada, entonces algo que creía olvidado le vino de golpe a la mente.

—Hay otra cosa —susurró como avergonzado—, es muy embarazoso, doctor.

—¿Un nuevo síntoma? —planteaba dicha cuestión con la profesionalidad pertinente cuando reparó en que la mirada del amnésico se hundía bajo la mesa del despacho—. ¿Dónde dice que...? ¿Ahí mismo? —El asentimiento de Florin terminaría de ratificar sus sospechas—. Voy a tener que reconocerle, si pudiera usted ir quitándose la ropa...

—Que no se entere mi mujer de esto, por favor se lo pido.

### 3

Después de las visitas, pese a los sofocos, Reme siempre experimentaba cierto alivio, como si su organismo liberase endorfinas tras la tensión del encuentro, desde luego aquello la relajaba, pero sobre todo el volver a la normalidad sin ningún tipo de percance. La rutina se lidiaba mejor sabiéndose de algún modo deseada; no obstante, parecía inevitable sentir ciertos remilgos cuando admiraba la efigie de su esposo en la pared.

—¡Ay, amor! Te juro que no quiero faltarte al respeto, jamás lo hice y jamás lo haré. En vida nunca hubo más hombre que tú —confesaba conmovida, con el brillo de sus ojos alumbrando viejos recuerdos—, pero no puedo estar eternamente de luto, envuelta en negro, triste y agazapada por el qué dirán. Tú lo entiendes, ¿verdad, cariño?

La afligida viuda empezó a desmaquillarse y a ponerse ropa más confortable, cambió las sábanas de la cama y fregó todos los cachivaches que la cita había requerido, incluidos los trastos de la antigua rebotica. Cuanto menos tardara en dejar todo en orden, antes podría descansar y seguir charlando con su media naranja. Una vez cerradas las ventanas tras ventilar el cuarto, reanudó la plática que las manecillas de su mente desarrollaban en forma de explicaciones.

—Siempre me amaste incondicionalmente y fuiste tan bueno conmigo... —divagaba Reme en voz alta—, ¿acaso no quieres que sea un poco feliz ahora que estoy sola? Es el único capricho que me doy y lo hago para sentirme más cerca de ti, aunque no lo creas.

La mujer abrió el vetusto armario donde todavía conservaba la ropa del marido, allí se paseaba entre las reminiscencias evocadas por su rastro aún latente: aquella colonia en sus prendas, ese olor a tabaco, el delicioso desorden de sus corbatas...

—Entiendo que no te agrada verme así, prácticamente recluida como una vulgar ermitaña —continuaba justificando su conducta—. Te conozco como nadie y sé que no te disgustaría que rehiciese mi vida junto a otra persona; sin embargo, no puedo, no de esa manera. Una nueva relación sería algo deshonesto porque soy incapaz de querer a otro que no seas tú —sollozó la viuda al ponerse en la piel de una traidora—, de ahí que haga lo que hago, no por la tersura de cuerpos bien lozanos y efímeros, sino por el poco compromiso que me merecen más allá de recordarme a ti, a cuando éramos jóvenes y nos fundíamos en uno. Incluso en la madurez, te sentía con tu porte de veintitantos, daba igual la barriga, la flacidez o la alopecia, seguías siendo aquel muchacho de quien me enamoré, por eso es ahí donde mejor te añoro, en brazos de una juventud que, aunque

ajena, sigue sabiendo a nosotros. Conocer a un señor de mi misma quinta, pasear con él de la mano, apoyarme en su hombro compartiendo atardeceres...¿qué conseguiría aportarme realmente? Nada, sólo culpa. La única compañía que quiero en ese sentido es tu recuerdo, amor mío, no necesito más —concluyó afectada.

Al desnudar los más profundos recovecos de su alma, empapada en aquella bondad que transmitía la sempiterna imagen de su Paco, le sobrevino la certeza de que no tardaría mucho en reunirse con él, lo cual la reconfortaba sobremanera, meciéndola en tal serenidad que sus párpados sonrientes amagaban refugiarse bajo el sueño. De repente, cuando más próxima parecía la inconsciencia, en el albor del ronquido sestero, acudió a sus pensamientos un aguijonazo inesperado, como si algo inadvertido la carcomiera por dentro. ¿Qué podría ser? Por fin cayó en la cuenta y se incorporó alterada a comprobarlo. Abrió el armario, pero no encontró lo que buscaba, registró toda la casa sin éxito, cada rincón..., ¿cómo había sido capaz de olvidarse? ¡Menudo descuido!

#### 4

La grisácea atmósfera del papeleo flotaba infame por comisaría: aquel trajín histórico del teléfono, entre percusión de teclados y parpadeantes pantallas, levantaba no sólo jaquecas, también agobios que más temprano que tarde florecerían en úlceras y desvelos. El trasiego del personal lo envolvía todo, tanto agentes como denunciantes y sospechosos componían un murmullo atroz que se captaba incluso desde el más lejano de los calabozos. El anhelo de nicotina junto al café en exceso incendiaba el ambiente, siempre crispado, tan abrumador que era imposible no suplicar por una aspirina, o mejor aún, por un lingotazo bien cargado. Entre la quemazón de la migraña y una pila de documentos, el inspector, escoltado por su inseparable compañero, aguardaba en su mesa una visita crucial, en principio un testimonio que esclarecería el caso que les acababan de endosar.

—Buenos días, ¿es usted el inspector Gálvez? —le abordó una treintañera que exudaba la arrogancia propia de los grandes bufetes—. He venido lo antes posible tras su llamada. ¿Podría explicarme bajo qué acusación retienen a mi cliente?

—¿A su cliente? ¿Es abogada? —Aparentaba sorpresa el oficial mientras abría el informe con cierto escepticismo—. La he llamado en calidad de familiar, ¿acaso no es usted la hija de la señora...Doña Remedios Dávila López?

—En efecto, también soy su hija —confirmó ésta rebajando ostensiblemente su beligerancia a la vez que el compañero, de rango subinspector, le entregaba una copia de la denuncia —. ¿Qué sucede?

¿Está en apuros mi madre?

—Al parecer, un tal Florin Radovanu, de nacionalidad moldava y butanero de profesión, ha denunciado a su madre por el delito que ahí consta —concretaría el inspector antes de apurar un último sorbo de su vaso de plástico; entretanto, la joven escrutaba el escrito con indisimulable perplejidad—. Lo sabemos, suena a cuento chino. No se preocupe, apenas hay pruebas de nada, pero como su madre se ha negado a cooperar nos hemos visto en la obligación de ponernos en contacto con usted. Creemos que en realidad ella es la víctima y que aún está asustada.

—¿Cómo que no quiere colaborar?

—Guarda silencio. —Aproveché el otro investigador para meter baza—. No ha dicho ni pío, salvo sus señas para que la localizáramos y no sé qué de un tal Paco, su difunto marido y padre de usted. No hemos podido sacar nada más en limpio.

—En mi opinión, se trata de un claro caso de extorsión —introdujo su teoría el policía al mando—. Un yigogó... yiyogo... gilogo... ¿Cómo se dice, subinspector?

—¿iMi madre contrató un gigoló!? —La letrada alucinaba tanto que no dio tiempo al otro para responder—. ¿Estamos locos o qué? ¡Debe de ser una broma!

—El butanero en cuestión se pluriemplea como prostituto —reanudó el inspector el hilo de su conjetura—, roba algo de la casa, bien una prenda, bien una joya, para que se le relacione con la señora, de modo que pueda así verter una falsa acusación con cierta base. —El desarrollo comenzaba a antojarse verosímil—. Ante la vergüenza a la que quedan expuestas, y bajo amenaza de denuncia, muchas víctimas acceden a pagar lo que sea.

—Dado su origen, parece una presunción más que razonable, señorita —apostillaba convencido el subinspector, quien figurándose no ser percibido por nadie, se atrevió a regurgitar en bajo su hartazgo—: ¡Putu gentuza, vienen todos a lo que vienen!

—Este personaje tiene un trasfondo social durísimo —añadió el superior—, eso siempre pasa factura. Probablemente no ande bien de la azotea.

—¿Podría hablar con el señor...Radovanu? —propuso la letrada con pasmosa tranquilidad, seria e impermeable frente al delirio que suponía toda aquella información—. No tiene antecedentes penales, no será

peligroso que le vea.

—Ése no es el procedimiento habitual —rechazó de entrada el oficial—, pero este embrollo es una maldita chirigota y nos va a retrasar con otros casos, así que si hacemos como que no miramos, cabría la posibilidad de que pudiera encontrarlo en aquella sala de interrogatorio, la del fondo a la izquierda por ese pasillo —indicaba mientras se ponía la chaqueta—. Oiga, no haga nada raro, acojónelo con leyes o llegue a un acuerdo con él, me es indiferente, pero que no nos vuelva a salpicar esta tontería, ¿entendido? Tenemos asuntos mucho más importantes.

Ambos policías se dispusieron a abandonar la mesa en dirección a la calle, ni siquiera se molestaban en ocultar sus ganas de inhibirse, aunque eso sí, bien al margen por si todo se torciera. Al despedirse, el subinspector le facilitó el número de la sala donde aguardaba su madre.

—No se olvide de recogerla. Cuando volvamos de echarnos un cigarrito, espero que usted haya acabado con esto. Si no, tendremos que tramitar la denuncia y pringarnos todos de mierda —avisó con aspereza—. Buena suerte y tome, guárdese mi tarjeta por si acaso. Póngase en contacto con nosotros cuando termine.

Una vez sola, la hija avanzó por el corredor con el informe en la mano, y cuando llegó a la sala, antes de abrir la puerta, la invisibilidad que le otorgaba la persiana le permitió observar detenidamente a aquel individuo: corpulento, rudo, sin un atisbo de delicadeza en el rostro. ¿Por qué su madre? En qué cabeza cabe que una adorable anciana pudiera hacerle nada a aquella mala bestia. Suspiró un par de veces con el picaporte en la mano hasta que se decidió a entrar.

—Buenas tardes, me va a contar todo muy despacito y yo le voy a decir qué es lo que va a pasar y qué es lo que le conviene hacer, ¿entendido? —se presentó avasallando con la autoridad de quien domina la ley.

## 5

Desde crío había ido huyendo del crimen, del rencor, de aquel infierno inmoral en el que la más pura brutalidad se consideraba moneda común, siempre con la convicción de que, si se ceñía a las normas, habría un sitio para él en el mundo de los honrados, pero jamás imaginó lo fácil que sería caer de ese pedestal para volver a los orígenes. Parecía verdad lo de que cada cual brillaba bajo su propia estrella, que el destino no dependía de la naturaleza de los actos, sino que estaba escrito de antemano con una tinta indeleble que mezclaba sangre, lágrimas y un sudor baldío. En el caso de Florin no podía ser más cierto. Pese a su rectitud, se hallaba de nuevo en la línea de salida, aunque peor si cabe, pues aquel poso amargo sobre su conciencia se vislumbraba eterno, cada bocanada de aire iba



envenenándole lentamente, de la ilusión de antaño quedaba apenas una humareda constante y dispersa que bailaba con el viento en contra, día a día, noche tras noche, agonizando en silencio.

Finalmente, logró reconvertirse después de ver cómo le había sido arrebatada su antigua vida, aquel sueño forjado desde la nada ardía ahora en una rutina insufrible que no dejaba de apesadumbrarle. Los remordimientos discutían todo lo que acumulaba su cartera, consecuencia lógica de ser un héroe del mal: someter a incautas contra su voluntad en el más antiguo de los oficios, mercadeo con debilidades ajenas, contrabando de sustancias, atormentar a pobres diablos, matar si era preciso... La vieja hermandad le había acogido con los brazos abiertos tras su desgracia y ahora no podía atreverse a negarles nada, ni tan siquiera poseía fuerzas para intentarlo. Su oficio se convirtió en su mayor derrota, tanto era así que en plena madrugada se veía solitario caminando alrededor de un infeliz cualquiera, un maleante del tres al cuarto que, esposado a una silla y muerto de miedo, le proponía conversación para apurar sus últimas esperanzas.

—Venga, amigo. Charlemos —rogaba el rehén visiblemente alterado por el gran manto de plástico desplegado bajo sus pies—. No hay necesidad de esto.

—Así es la vida —se mostró desdeñoso el sicario.

—Vamos, si lo dejas correr, quizás yo pueda recompensarte. ¿Es por dinero? Ningún problema, pide por esa boquita.

—Ni te molestes, mejor dedícate a rezar lo que sepas.

—¡Puto asesino! —El don nadie se desfogaba preso de la desesperación—. ¡Los de tu calaña sólo sabéis matar, ni pensáis ni escucháis...!

—¿Los de mi calaña? —interrumpió el pistolero fingiendo interesarse mientras amartillaba su revólver—. Son listillos como tú quienes acaban provocando que desgraciados como yo nos dediquemos a esto. Yo antes también tenía una vida, ¿sabes?

—¿En serio? Soy todo oídos, compadre —suplicaba loco por demorar al máximo su aciago sino. Cuanto más alargara el tema, más probabilidades tendría su suerte de cambiar.

—Yo era feliz con mi trabajo, ganaba poco, pero dormía tranquilo por las noches. Mujer, planes de familia, un futuro..., pero de repente todo se fue a tomar por culo. Tras un asunto en el que yo fui víctima, la sociedad

me convirtió en verdugo y adiós a mi sueño.

—¿Y cómo te la jugaron?

—La pasma me vendió a una tipa que, creyéndola mi abogada, me enterró bajo un montón de mierda —se lamentaba al calor de un cigarrillo recién encendido—. Resultó ser parte interesada, mi denuncia quedó en nada y acabó por joderme aún más. Al final mi querida Nadia se enteró del asunto por una nota anónima, así que me dejó sin mediar palabra, convencida no sólo de mi supuesta infidelidad, también de mi participación en aquel turbio submundo. Ahora nada quiere saber de mí. Poco me duró el empleo tras las secuelas del caso, a lo tonto me encontré solo, sin un céntimo y en la puta calle.

—¡Por favor, permíteme ayudarte! —El prisionero, esperanzado, creyó ver una grieta en su coraza—. Si quieres yo podría...

—No te necesito —sentenció el matón antes de apretar el gatillo y esparcir los sesos de aquel pobre iluso por los suelos. Apenas hubo retumbado el disparo, apagó el cigarro y guardó su arma.

Despojado de escrúpulos, tiró al cadáver de su asiento, y una vez envuelto en el ensangrentado plástico, mientras remugaba cada gramo del odio que le corroía dentro, se encaminó a deshacerse del cuerpo en alguna zanja perdida. Más tarde regresaría a limpiar de huellas la zona, seguramente lo hiciera deleitándose con la cruda revancha que urdía entre sus sienes. Total, igual daba ya ocho que ochenta.

—Llegará el día, ya lo creo que sí. —Sonreía al horizonte como si le rezara al diablo.

## 6

El suave rugido del coche acariciaba el silencio de camino a casa, madre e hija apenas sabían cómo afrontar aquel tema enquistado que se agravaba con el transcurrir de los minutos. Una miraba iracunda a la carretera con las uñas clavadas en el volante, la otra se perdía a través de la ventanilla, casi huyendo de allí por vergüenza. Nunca gusta digerir un desengaño ni recoger los añicos del ídolo caído, pero tampoco saberse vulnerable ante la falta de lógica que los más bajos instintos conllevan. Ambas sospechaban que después de la conversación nada volvería a ser igual, de ahí la absurda pretensión de evitar lo inevitable, hasta que por fin, sin motivo aparente, se abrió la veda.

—Mamá, ¿por qué tenía ese hombre la camisa de papá y su documentación? —Se aventuró la hija ejerciendo de inquisidora, entretanto, la madre callaba con la cabeza gacha—. ¿Me lo puedes

explicar?

—No lo entenderías, mi niña. —Reme se resistía a enzarzarse en tan humillante discusión—. Aunque seas una persona adulta, sigues siendo demasiado joven. Mejor olvidémoslo.

—¿iCómo que lo deje!?! —La abogada, fuera de sí, cargó la ráfaga de reproches que amontonaba en el pecho desde hacía horas—. Acabo de saltarme las normas delante de la policía, he amenazado a un tipo que da miedo, me he agenciado ilícitamente una copia de su expediente para hundirle la vida..., ¿y aun así ni siquiera te dignas a contarme qué ha pasado? No puede ser peor de lo que estoy imaginando.

—Cariño, hace mucho que se fue tu padre y le echo tanto de menos que...

—¿Tu forma de añorar a papá es contratar a un gigoló? ¡Vaya manera de guardar duelo por él! ¿No te da vergüenza, madre? ¡Sexo por dinero a tus años...!

—¿Un qué? —La jubilada se sorprendía—. Yo no le he pagado nada a ese muchacho. ¿Pero por quién me tomas?

—¡Mamá, que ya no me chupo el dedo! Alguien joven no se arrima a una señora de tu edad si no es a cambio de algo. ¿Y qué hacía con la camisa y el DNI de papá?

—Le vestía así para sentirme más cerca de tu padre —confesó Reme desarmándose.

—¡Pero qué mierda de fetichismo es ése! ¿iEstamos locos o qué!?

—¡Niña, esa boca! Le dije que se la pusiera y luego se me fue el santo al cielo. No sabía que en el bolsillo estaba el carné de tu padre. Supongo que así ató cabos.

—¿Cómo que «así ató cabos»? —No sabía disimular su extrañeza la joven—. Lo normal es que le informaran en la agencia, ¿no?

—¡Que no es un tío raro de ésos que dices! —refutó molesta—. Tan sólo era un butanero, no debía acordarse de nada.

—¿No mentía entonces en su declaración? ¿Y por qué no iba a recordar? Quizás sean brutos, pero no tontos, mamá.

—A ver, nena, no te enfades. —Preparaba Reme a su interlocutora para lo peor al tiempo que ésta contenía la respiración asustada—. Puede que usara algún que otro truquillo para privarle de voluntad y borrarle la

memoria.

—¿¿¿iiiQué le drogaste!!!??? —gritó frenando en seco, al borde de una colisión múltiple que la pura fortuna esquivó. El olor a neumático quemado invadió el habitáculo entre un enjambre furibundo de cláxones e insultos. La conductora, ojiplática, ni siquiera conseguía articular palabra—: Pero...pero madre... ¿Por qué...? ¿Cómo...?

—Cuando traían el pedido les ofrecía un vaso de agua con la dosis justa de flunitrazepan. Solían aceptarlo, aunque en ocasiones también me servía un billete impregnado en escopolamina, el cual, al extenderse, surtía efecto —reconocía con sonrojante naturalidad la anciana, la incertidumbre se disparaba a medida que iba desenmarañando la trama—. Utilizaba productos de la farmacia, ya que pese a la jubilación, y debido a un error burocrático, todavía consto como colegiada, de manera que dispuse libremente de todo el material necesario. Al principio titubeé porque sonaba a locura; sin embargo, lo vi tan fácil que no fui capaz de parar, sentí que no corría el más mínimo riesgo —admitió desinhibida.

—Estás enferma, mamá, eso es imposible, el informe médico de la policía no confirma rastro alguno de tóxicos —reflexionaba estacionando el vehículo por seguridad. De golpe cayó en la cuenta de que anteriormente su otrora lúcida progenitora había conjugado ciertos verbos de forma peculiar, así pues, la interpeló atemorizada—: ¿Qué es eso de «traían» o «solían»? ¿Cómo que «al principio»? No, no me digas que...

—Al igual que el rohypnol, son sustancias que no dejan huella, desaparecen del organismo al cabo de unas pocas horas —aclaró primero con la frialdad de un sociópata para de inmediato confirmar las sospechas—: No pude evitar convertirlo en rutina, cada vez me notaba más viva, como si estuviera reviviendo la época de novios con tu padre. ¡Qué tiempos aquellos...!

—¡No te atrevas a meter a papá en esto! Madre, si hubo sexo, es un delito muy grave, sería violación. ¿No comprendes lo que has hecho?

—¡Menudo crimen, ni que fuera para tanto...! Sólo tomaba prestada su virilidad un rato, no les forzaba y ellos tampoco sufrían. A los hombres no les importa, si únicamente piensan en eso. Ojos que no ven... —se justificó la matriarca sin darse cuenta de que cada frase certificaba más su demencia; pese a todo, aún asomaba alguna ligerísima brizna de vergüenza—. Que no se entere tu hermano, por favor, él no lo soportaría, no es tan fuerte como tú.

—¡Estás desvariando! Si estaban drogados y medio inconscientes, ¿cómo lograban ponerse...? Ya sabes... —Había abierto paso a un

escabroso asunto del que se arrepintió al instante.

—¡Hija, pareces nueva! Pues maña que tiene una, sólo había que bajar, quitarse la dentadura y...

—¡Para, mamá, por favor...! —A la hija de golpe se le humedeció su mirada, presa del desgarró que produce el miedo—. ¡Tú no estás bien! ¿No eres consciente de que acabas de arruinarle la vida a un inocente? ¿Acaso no sabes a lo que me estás obligando?

—Lo siento, cielo. —La madre se compungía al detectar desánimo en su niña, lacerada ésta por una culpa que en absoluto le correspondía—. De verdad que yo no buscaba lastimar a nadie ni haceros pasar por esto, tan sólo me moría por resucitar de algún modo a tu padre. —Rompió a llorar resquebrajándose entre suspiros—. Ya sé lo que piensas, no espero tu comprensión, pero fíate cuando digo que todo lo he hecho pensando en él.

—A partir de ahora estaré a tu lado. —Se recompuso la primogénita mientras enjugaba las lágrimas maternas, tan tristes y devastadoras que dolía contemplarlas. En realidad, no era más que una pobre mujer que había perdido el norte, seguramente por hallarse demasiado sola—. Yo arreglaré este desaguado, mamá. Ni una palabra al resto de la familia, será nuestro secreto, pero has de prometerme que no volverás a cometer ningún disparate de este estilo. Y además, tan pronto como sea posible, vendrás a vivir conmigo, a mi vera, donde pueda cuidar bien de ti.

—¡No quiero ser una carga, hija! Juro que me portaré bien, no me conviertas en tu cruz. Te lo ruego.

—¿Cómo vas a ser una molestia para mí con lo muchísimo que te quiero? En realidad me haces falta, mamá —soltaba requiebros con el fin de pasar página cuanto antes—. Esto nos hará más fuertes, ya lo verás. Eso sí, hemos de arreglar lo del Colegio de Farmacéuticos para que te denieguen el acceso a medicamentos prohibidos, no queremos más líos, ¿de acuerdo?

—Lo que tú mandes, corazón —aceptó Reme de buena fe.

—¡Y a partir de ahora vitrocerámica, nada de butano!

Pretendía la joven ahogar la angustia en inoportunas sonrisas cuando, casi sin querer, posó la rojez de sus ojos en el rostro que la acompañaba, escudriñando con pesar los vestigios de su mamá de siempre, aquélla que fue mapa y modelo, patria y primer amor: apenas supo reconocer leves destellos de entonces.

—Lo siento de veras, nena. Soy una madre horrible, merezco ir a la cárcel.

—Te quiero y no permitiré que te ocurra nada malo, ¿me oyes?

—Y yo a ti, mi vida —asintió agradecida y orgullosa de haberla parido—. Ojalá puedas perdonarme.

—Pues claro, mamá.

Con dulzura le regaló un beso, también un abrazo que sellaría definitivamente la paz en busca de un nuevo comienzo. Al reanudar la marcha, kilómetro a kilómetro, el problema fingió disiparse tras la gelidez de un silencio en contraste con el pensamiento, desesperado éste todavía por que la magia del tiempo asimilara cuanto antes la magnitud de lo acontecido.

## 7

La madrugada derramaba cómplice su penumbra, un barniz malva cuyas entrañas guarecían los aullidos del sueño, solitarios, amalgama de sopor y cansancio bajo la plata eterna que adorna el misterio, custodiándonos desde el cielo como si yacíéramos muertos, y con todo, Reme no lograba dormir, tampoco quería. Estaba convencida de que esa misma noche se reuniría por fin con su amor para siempre. ¿Cómo podía saberlo? No lo sabía, lo intuía, o más bien lo anhelaba, tanto que aguardaba ansiosa el momento antes de cada amanecer, así desde hacía varias semanas. Le horrorizaba abandonar aquel templo que narra toda una vida para ejercer de engorro en la de sus vástagos, aunque sobre todo la comía la culpa: la imagen de su niña se aparecía escrutándola igual que a una perfecta extraña, como si no conociera sus ojos. Los días habían caído entre quehaceres cotidianos, pero sin duda aún coleaba aquello, imposible que dejara de doler. ¿Cómo conseguiría mirarla a la cara el resto de su vida? No sería capaz, tan sólo quedaba invocar a la muerte a oscuras y en silencio.

Las sombras aparentaban deslizarse con sigilo fantasmagórico, enredadas en el vago susurro que la soledad profería hipnótica; entretanto, el segundero de un viejo reloj iba marcando el paso de las estrellas, cuyos cuerpos relucían sentenciados a la promesa del alba, su brillo todavía resistiría unas pocas horas. Aquel tictac cansino levitaba como si nada, casi sin querer quebrar la maldita paz del desvelo, cuando de repente, desde la entrada, un sonido seco atravesó el salón igual que un espíritu, el cerrojo parecía haber saltado con su cadena repiqueteando contra la madera. Las bisagras bostezaban roncadas hasta que al fin la puerta simuló cerrarse, pero no de golpe, sino con esa inusitada suavidad de quien se adentra a hurtadillas, entonces una corriente invisible hizo estremecer los cristales durante apenas una milésima: alguien más

andaba en casa. Pisadas lentas y precisas se aproximaban crujiendo la madera del parqué, arrastrando consigo una respiración agitada que reverberaba por los rincones, cada vez más furiosa, más cercana...

—Llegó tu hora, vieja —pronunció la Parca con acento moldavo, el reflejo cromado de su arma flotaba entre las cejas de ella—. Por lo que me hiciste.

—Sé que lo merezco y tendrás tu venganza —reaccionó Reme encendiendo una cálida luz en la lámpara de la mesita, no dejaba de sorprender su sangre fría—, pero antes necesitas escuchar, dame la oportunidad de ayudarte. —Abrió una maleta sobre el sofá, justo al lado del sillón donde reposaba—. Son ahorros limpios que nadie echará de menos, todo tuyo.

—¡No te atrevas a comprarme, puta! Nada salvará tu pellejo, hoy te toca morir.

—No pretendo impedir que hagas lo que has venido a hacer, sólo busco devolverte la vida que te robé, por eso llevo tanto tiempo esperando. Mi intención no era la de hacer daño, lo juro.

—¿Ah, no? —Bajo la máscara que embozaba su semblante, Florin se descomponía—. ¿Entonces por qué? ¿Qué coño te había hecho yo?

—De verdad que lo siento, reviví en ti a mi difunto marido y no pensé en las consecuencias —explicaba la señora mientras sus ojos, derretidos en tristeza, se escurrían por la ajadura de sus mejillas. Recobró el aliento, y frente al pulso trémulo que la tenía encañonada, no le importó implorar—: Por favor, cumple tu propósito, acepta el dinero y empieza de cero, pero págalo únicamente conmigo, nadie más tiene la culpa.

—Si de verdad te arrepentías, ¿por qué no aclaraste los hechos ante la policía? ¿Por qué no frenaste a tu hija? ¿Cómo has sido capaz de convivir con los putos remordimientos? ¡Responde, hija de puta!

—No lo sé..., supongo que soy una cobarde. Si acabara conmigo yo misma, mi Paco no me lo perdonaría jamás. Me reprocharía con razón haber dejado a nuestros niños solos —se excusó Reme profundamente enajenada. Era tal su dispersión, más alarmante por segundos, que intercalaba frases carentes de cualquier sentido—: ¿Cómo podría sacarme a bailar habiendo tirado la toalla? Eso sí que sería perfidia... ¡ay, como nuestra canción! Mujeeeeer... ¡Qué bonita! Voy a buscarla.

En aquellos instantes el vengador se convenció de la senilidad de su objetivo. Aunque a veces pareciera despuntar cierta cordura en su discurso, su mirar se extraviaba en un horizonte ilusorio que evidenciaba su mal, como si a pesar de saber con quién hablaba, no le importara, pues



sus ojos realmente veían a otro. Entre fútiles vaguedades e imprecisiones varias, el moldavo sintió su sed de sangre amainando en favor de una suerte de ternura inducida por la pena. Por descontado, no olvidaría jamás lo que sufrió; no obstante, y contra todo pronóstico, se antojaba irrevocable cierta gratitud por traerle de vuelta una pizca de la humanidad perdida. Se sintió más un daño colateral del delirio que un chivo expiatorio víctima del sistema, seguramente estuviera equivocado, pero no podía remediarlo. Cuanto más mataba, más lejos se sabía de su antigua vida, de Nadia y de sus proyectos futuros, lo cual le aterraba por verse como aquello de lo que siempre había intentado escapar. La señora le ofrecía disculpas y dinero para redimirse, ¿pero cómo compensaría él todo el daño que había sembrado después? Vino decidido a resarcirse y ahora le preocupaba restablecer una especie de karma absurdo. Ya había comprobado que el bien no siempre atraía al bien, de hecho por eso precisamente se encontraba en tamaña encrucijada, aunque peor era lo que engendraba el odio, no cabe duda.

Reflexionando en esa línea, Florin aprovechó para ir contando los fajos de la maleta al tiempo que Reme, totalmente en su nube, revolvía entre su colección de discos tras una vieja canción. Y así, sin apenas advertirlo, el sonido de la aguja navegando el vinilo abrió camino a una melodía añeja que se lamentaba en bajito:

*«Nadie...  
Comprende lo que sufro yo  
Canto...  
Pues ya no puedo sollozar  
Solo...  
Temblando de ansiedad estoy  
Todos...  
Me miran y se van».*

—¿Te acuerdas, mi amor? —suspiraba sin pestañear Reme mientras el encapuchado, impávido, ignoraba qué decir—. Es Perfidia, nuestra canción. Todavía recuerdo a la orquesta tocándola en la verbena. ¡Mira que eras tímido en aquella época! —rió nostálgica.

La anciana se le acercaba inofensivamente, motivo por el cual Florin se atrevió a enfundar el revólver sin ningún recelo. Ella proseguía rememorando anécdotas de un pasado sepia que refulgía dorado en sus palabras; él, en cambio, sólo podía replicar con condescendencia, inerte ante la emoción cristalina de aquellos ojos, el puro desconcierto le empujaba a seguir la corriente. Envolviendo cada movimiento en una luminosa sonrisa, Reme prefirió posar sus manos sobre los hombros del muchacho, con los brazos a su alrededor, acurrucada en su pecho para oír los latidos al compás de la música, igual que en aquel primer baile. Así pues, al pobre no le quedó otra que tomarla del talle y seguir su ritmo, lo



que fuese con tal de no despertarla de tan dulce ensoñación.

*«Mujer...*

*Si puedes tú con Dios hablar*

*Pregúntale si yo alguna vez*

*Te he dejado de adorar.*

*Al mar...*

*Espejo de mi corazón*

*Las veces que me ha visto llorar*

*La perfidia de tu amor».*

—¿Sabes una cosa? —murmuraba feliz la señora, sumergida en un remanso de paz entre aquellos legendarios acordes—. Durante cada segundo de mis horas muertas he soñado con esto. Ya estoy lista, cariño.

El asaltante, ablandado por la senectud de su partenaire, se vio incapaz de acometer el rol de ejecutor. Ya no procedía la brutalidad de un balazo dentro del cráneo, de manera que se limitó a acompañar sus pasos y a girar según ella le indicaba, alargando su indecisión hasta hallarse inmerso en su mirada, cautivo de aquel iris cobrizo que rogaba inconscientemente un último favor. Entonces comprendió.

Sus manos treparon por caderas y espalda hacia la nuca, reposando la cara de ella contra su pectoral, suave al principio, incluso con cierto mimo, después más intenso, poquito a poco, aunque firme en su propósito de negar cualquier resquicio de aire. Ella no se resistía, sólo se aferraba con fuerza a las mangas de él, ni tan siquiera agredía con las uñas ni intentaba patearle: estaba preparada. Florin, con la iniciativa del baile en lo que Reme se apagaba, quedó aturdido al reflejarse en un espejo del salón, supo que el cielo jamás podría perdonarle y se derrumbó, la compasión encapotó entonces sus pupilas con una bruma que lo empañaba todo, excepto los tenues mugidos y la quietud de aquellos dedos yertos descolgándose por su ropa. Los pies flaquearon incapaces de sostener más su peso, huérfanos de vida, sin fuerzas... Al fin había partido.

El asesino, sin dejar de sujetarla, la trasladó en volandas hacia el sillón, donde la acomodó plácidamente como si de una simple siesta se tratara. Absorto en sus facciones, no logró pasarle inadvertida la risueña expresión con la que Reme se había despedido del mundo, de algún modo aquello mitigó si no el pesar que le azotaba, al menos sí una gran parte del mismo. Tras medirle el pulso para asegurarse del deceso, cerró sus párpados recorriendo su rostro, por la sonrisa que aún conservaba cabría pensar que dormía, pero en realidad ya andaba danzando en el más allá

abrazada a su Paco.

*«Te he buscado por donde quiera que yo voy  
Y no te puedo hallar  
Para que quiero otros besos  
Si tus labios no me pueden ya besar*

*Y tú...  
Quién sabe por dónde andarás  
Quién sabe qué aventura tendrás  
Qué lejos estás de mí».*

Cumplida la venganza, Florin decidió borrar su pista y desaparecer para siempre, sólo dejó su ausencia entre los delicados llantos de guitarra que el gramófono reproducía. Había agarrado la maleta sin mirar atrás, rumbo a un nuevo comienzo, ya tendría tiempo más adelante de ajustar cuentas con el universo.

**FIN**